



ORAR EN EL MUNDO OBRERO



24º Domingo del Tiempo Ordinario • 13 de septiembre 2026

www.hoac.es



“Dios acoge a todos, siempre, no lo olvidemos: a todos, todos, todos y siempre; y a todos ofrece nuevas posibilidades de vida, hasta el último momento. Es por esto por lo que nosotros debemos perdonar a todos y siempre, conscientes que la disposición a perdonar nace de la experiencia de haber sido perdonados. Solo uno es incapaz de perdonar: aquel que no ha sido perdonado.

–Papa Francisco. Discurso inaugural de la 1ª congregación General. DF.

“Él me ha perdonado y a su generosidad tengo que pagar lanzándome dentro de la humildad de corazón.

–Guillermo Rovirosa, *Obras Completas*, Tomo V pág. 36

“Los que perdonan de verdad no olvidan, pero renuncian a ser poseídos por esa misma fuerza destructiva que los ha perjudicado. Rompen el círculo vicioso, frenan el avance de las fuerzas de la destrucción. Deciden no seguir inoculando en la sociedad la energía de la venganza que tarde o temprano termina recayendo una vez más sobre ellos mismos. Porque la venganza nunca sacia verdaderamente la insatisfacción de las víctimas.

–Papa Francisco, FT 251

“Una espiritualidad sinodal exige también ascesis, humildad, paciencia y disponibilidad para perdonar y ser perdonado.

–DF 43

“**Eclo 27, 33-28.9:** Perdona la ofensa a tu prójimo, y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas.

Sal 102, 1-2.3-4.9-10.11-12: El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia.

Rm 14, 7-9: En la vida y en la muerte somos del Señor.

Mt 18, 21-35: No te digo que perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Lectura del libro del Eclesiástico (27, 30-28, 9)

También el rencor y la ira son despreciables;
quienes pecan los guarda en su interior.
De la persona vengativa se vengará el Señor,
de sus pecados llevará cuenta exacta.
Perdona a tu prójimo la ofensa,
y cuando reces serán perdonados tus pecados.
El que alimenta rencor contra otra persona,
¿cómo puede pedir que el Señor lo sane?
Si una persona no se compadece de su semejante,
¿cómo se atreve a suplicar por sus culpas?
Si es un simple mortal y guarda rencor,
¿Quién le va a perdonar sus pecados?





ORAR EN EL MUNDO OBRERO



24º Domingo del Tiempo Ordinario • 13 de septiembre 2026

www.hoac.es



*Acuérdate de tu fin y deja de odiar,
acuérdate de la corrupción y de la muerte
y sé fiel a los mandamientos.
Acuérdate de los mandamientos
y no guardes rencor a tu prójimo.
Acuérdate de la alianza del Altísimo
y pasa por alto las ofensas.
Apártate de las discusiones y evitarás el pecado;
porque la persona iracunda atiza las discusiones.
Quien peca siembra discordia entre las amistades,
y entre los que viven en paz lanza la calumnia.*

Este magnífico libro de sabiduría de Israel, posiblemente el más completo, aunque no reconocido en el canon hebreo, fue escrito alrededor del año 180 antes de Cristo, por lo tanto, el último libro de la Biblia redactado antes del Nuevo Testamento. Y es el único libro de la Biblia que tiene «firma» de autor, Jesús Ben Sira, por eso es llamado también Sirácida. El nombre de Eclesiástico le fue dado por el uso frecuente que se hizo de él en las asambleas litúrgicas o *ekklesia*, como se decía en griego.

El autor podría ser, por lo que se deduce en el mismo libro, un maestro o profesor que daba clases en Jerusalén.

El texto que hoy la Iglesia propone para ser proclamado en la Eucaristía de este fin de semana es toda una reflexión sobre el rencor, la forma de reaccionar ante él y los motivos y medios para evitarlo. Un texto para encuadrar. Los argumentos que utiliza van desde el sentido común, la psicología y el planteamiento moral o teológico cuando invoca a la Ley y el recuerdo de la Alianza que Dios hizo con su pueblo o nos pone ante la muerte que lo relativiza todo. Pero es bueno resaltar algo que Jesús al final pedía: seamos como Dios (Mt 5, 48). En el fondo el texto afirma que no le pidamos a Dios aquello que no somos capaces de realizar con los demás.

En línea con el Evangelio plantea que el perdón nace, también, de la necesidad, que todos tenemos, de sentirnos perdonados ¿cómo así tener rencor y no perdonar? Un don a suplicar.

Salmo Responsorial (102, 1-4.9-12)

***El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia***

Bendice al Señor, alma mía,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice alma mía al Señor
no te olvides de sus beneficios.

Él perdona todas tus culpas,
y sana todas tus enfermedades.
Él rescata tu vida de la tumba,
y te colma de amor y de ternura.

No está siempre acusando
ni guarda rencor eternamente;
no nos trata como merecen nuestros pecados,
ni nos paga de acuerdo con nuestras culpas.

Como la altura del cielo sobre la tierra,
así es su amor con quienes le respetan;



y como está lejano el oriente del poniente,
así aleja de nosotros nuestros crímenes.

***El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia***



Lectura de la carta de Pablo a la comunidad de Roma (14, 7-9)

Ninguno de nosotros o nosotras vive para sí mismo ni muere para sí mismo; si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor. Así pues, tanto si vivimos como si morimos, somos del Señor. Para eso murió y resucitó Cristo: para ser Señor de toda persona viva o muerta.

Este fin de semana, domingo 24 del tiempo ordinario del ciclo A, terminamos ya con la carta de Pablo a los romanos, pasaremos la semana que viene a la carta a los filipenses.

En este párrafo del capítulo catorce Pablo vuela en la mística cristiana de forma sorprendente. Es increíble el nivel de reflexión teológica que Pablo muestra en este párrafo. El centro de la vida cristiana es Jesús el Señor, el Cristo. Él como clave, como el que llena de sentido el ser cristiano y la vida de la comunidad. Él es, como dice Juan, «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6), él es propuesta de salvación para todas y cada una de las personas, sobre todo para las más empobrecidas y débiles. Él nos descentra de nuestra persona para centrarnos en lo importante.

Dejarnos configurar por Cristo, como dice esa preciosa oración que rezamos los militantes de la HOAC: «pensar como tú, trabajar contigo y vivir en ti»; ese es el esfuerzo de quienes seguimos al Señor Jesús. En la carta a la comunidad hebrea (12, 2) se nos coloca delante el referente: «fijos los ojos en Jesús, autor y perfeccionador de la fe» (Heb 12, 2); y en la segunda a los corintios (5, 19): «Dios estaba en Jesús unificando el mundo consigo». Pablo lo repite de mil maneras. Este es el reto actual del cristianismo, recuperar a Jesús, el Señor, como centro de la vida cristiana, de la Iglesia y una propuesta de liberación para el mundo, para el mundo obrero.

El conocimiento de Jesús, la cercanía a él nos coloca en el centro neurálgico del Evangelio. Y de aquí nace la mística cristiana. «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí», dice Pablo en la carta a los gálatas (Gal 2, 20). Necesitamos al Espíritu para poder llamar a Jesús Señor (1Cor 12, 3) porque no estamos con Pablo en un cristomonismo, la dimensión trinitaria nunca la pierde.

Perdón imposible

«¿Cuántas veces hay que perdonar?»

—pregunto—.

Me dices «70 veces 7».

Y yo respondo

«Eso es siempre, Señor».

¿Cómo hacerlo,

si cada acto de perdón

pesa más que el anterior?

Si cada vez que lo otorgo

me siento derrotado.

Si el corazón se desangra

por las deudas no cobradas.

Si el dolor manda en mí.

Si la mente vuelve,

una y otra vez

a la hora maldita

de las heridas y las decepciones.

¿Cómo salir del laberinto de los agravios?

¿Cómo pasar páginas grabadas en la entraña?

Me cuentas que toda deuda tiene dos caras.

Que toda herida cuenta dos historias.

Que hay un perdón que aligera la carga.



Empieza —dices— por cambiar la mirada.

Ve, más allá del sufrimiento

que te atrapa, la vida que sigue.

Comprende la flaqueza de quien te hirió,

y no dejes que su sombra te aleje de la Luz mayor,

del Amor primero,

de la Misericordia que Dios sembró

en tu entraña hoy herida.

70 veces 7. Sea.



ORAR EN EL MUNDO OBRERO



24º Domingo del Tiempo Ordinario • 13 de septiembre 2026

www.hoac.es



Lectura del Evangelio según san Mateo (18, 21-35)

Entonces se acercó Pedro y le preguntó:

–Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano cuando me ofenda? ¿Siete veces?

Jesús le respondió:

–No te digo siete veces, sino setenta veces siete.

Porque con el reino de los cielos sucede lo que con aquel rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Al comenzar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Como no podía pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, a su mujer y a sus hijos y todo cuanto tenía, para pagar la deuda.

El siervo se echó a sus pies suplicando:

–¡Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré todo!

El señor tuvo compasión de aquel siervo, lo dejó libre y le perdonó la deuda.

Nada más salir, aquel siervo encontró a un compañero suyo que le debía cien denarios; lo agarró y le apretaba el cuello, diciendo:

–¡Paga lo que me debes!

El compañero se echó a sus pies, suplicándole:

–¡Ten paciencia conmigo y te lo pagaré!

Pero él no quiso, sino que fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara la deuda.

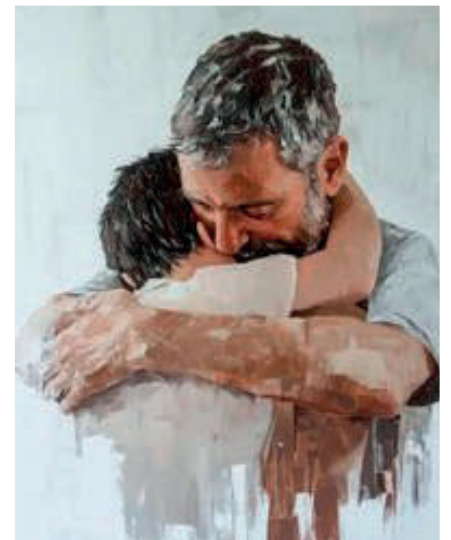
Al verlo sus compañeros se disgustaron mucho y fueron a contar a su señor todo lo ocurrido.

Entonces el señor lo llamó y le dijo:

–Siervo miserable, yo te perdoné toda aquella deuda, porque me lo suplicaste. ¿No debías haberte compadecido de tu compañero como yo me compadecí de ti?

Entonces su señor, muy enojado, lo entregó para que lo castigarán hasta que pagara toda la deuda.

Lo mismo hará con ustedes mi Padre celestial si no se perdonan de corazón unos a otros.



Comentario

Mateo termina esta cuarta gran catequesis con esta reflexión sobre el perdón. Es clara y contundente, no tiene atisbo de duda, no coloca ningún matiz, es radical el planteamiento... no es siete veces, que quiere decir: siempre; ni siquiera setenta y siete como deseaba Lamec en el Génesis ser vengado... es setenta veces siete; el perdón absoluto para siempre.

Lamec era descendiente de Caín y en el capítulo 4, 24 dice:

*Por un cardenal mataré a un hombre,
a un joven por una cicatriz.*



ORAR EN EL MUNDO OBRERO



24º Domingo del Tiempo Ordinario • 13 de septiembre 2026

www.hoac.es



*Si la venganza de Caín valía por siete,
la de Lamec valdrá setenta y siete.*

La propuesta de Jesús es la contraria y hacía referencia a este texto del Antiguo Testamento.

No es fácil, no; en la vida uno va viendo mucho dolor y sufrimiento engendrado inútilmente, tantas víctimas de la violencia injustificada e injusta, de la guerra, del egoísmo, del afán de poder, del tener, del orgullo. Hay mucho dolor de víctimas y muchos rostros que se han quedado grabados de forma permanente en sus mentes por el daño recibido. Es verdad, no es fácil. Y cada uno, cada una, puede tener algún dolor profundo en su corazón y el rostro de aquel o aquella o aquellos que lo han producido.



Por otra parte, en el cine, en las películas más populares, donde la violencia no falta, el que acabe bien es el resultado de la venganza de la persona buena que acaba con la mala. Ante la maldad objetiva que la pantalla nos revela, está la bondad, muchas veces por encima de la ley, que destroza la maldad de la gente mala y actúa en mi nombre, responde a mi deseo. Y al final nos relajamos. La película ha acabado bien. Y esto se mete en el inconsciente de «todos los públicos», la venganza es lo normal...

Negar el perdón puede parecer lo más digno, lo más normal ante la ofensa, la humillación, la injuria, la injusticia..., y la búsqueda o el deseo de venganza nace de la indignación e impotencia. Y aún, queriendo ser buenos deseamos que sea Dios el que se venga por nosotros y podemos pensar «siéntate a la puerta y verás el cadáver de tu enemigo pasar» y «Dios está arriba y castiga sin piedra ni palo». Y el rencor se convierte en un nido de infelicidad y de tristeza permanente. Odios que se heredan y que pasan de padres a hijos. Y la vida se convierte en una atalaya de

observación para ver si se cumple el deseo de que al otro le vaya mal, y sufra lo mismo o más; y si pasa ya diremos «ya te lo decía yo».

Pero, como dice el papa Francisco, «no se trata de proponer un perdón renunciando a los propios derechos ante un poderoso corrupto, ante un criminal o ante alguien que degrada nuestra dignidad. Estamos llamados a amar a todos, sin excepción, pero amar a un opresor no es consentir que siga siendo así; tampoco es hacerle pensar que lo que él hace es aceptable» (FT 241)¹.

Pero solo el perdón es capaz de sanar las heridas, la venganza solo produce la satisfacción inmediata y tristeza permanente; el perdón produce la paz para siempre, aligera el camino de la vida y produce una alegría innata.

Todos necesitamos también sentirnos perdonados. Es entendible la parábola que Jesús utiliza. Él, que habla de la misericordia infinita de Dios, de su ternura, en el perdón pide para sus discípulos ser iguales que Dios, no podemos invocar el perdón a Dios y nosotros sentirnos jueces justos e implacables con los demás.

Este texto es una explicación a esa frase que decimos tantas veces, sin pensar, en el Padrenuestro: «perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden...», es mejor

¹ Es interesante la reflexión que el papa Francisco hace sobre el perdón en la *Fratelli tutti*, donde habla del valor y del sentido del perdón, el perdón y la injusticia, el perdón y el olvido... (236 y siguientes, interesante el 250 ss).



ORAR EN EL MUNDO OBRERO



24º Domingo del Tiempo Ordinario • 13 de septiembre 2026

www.hoac.es



que Dios nunca la cumpla. Le decimos al Padre/Madre que nos perdone como nosotras, nosotros perdonamos. Posiblemente es una petición para que nos enseñe a perdonar y nos obliga a pensar sobre nuestra capacidad de perdón. Toda petición es tarea.

El rencor, el odio, la venganza, la ira, son pulsiones que muchas veces no podemos controlar, y el perdón es un proceso que comienza siempre con el deseo de poder perdonar. En ese proceso podemos comenzar por aquello que decía Jesús «reza por tus enemigos» (Mt 5, 44).

La distancia entre el dolor de la víctima y el setenta veces siete no es fácil y no debemos simplificarla, ni banalizarla, pero es un recorrido que ya hizo Jesús. El deseo de comenzarlo es el camino y para el creyente es más fácil cuando vivimos y experimentamos el amor incondicional de Dios, su ternura y misericordia.

Volver al perdón es poner los pies en la huella del Señor. Jesús ante su muerte perdona y pide a su Padre Dios: no que le haga justicia, como muchas veces pedimos y deseamos (Dios está arriba... él se encarga de la venganza), no, Jesús le pide, casi le **ordena a su Padre** que también él perdone a sus agresores.

Es tarea de la Iglesia transparentar este rostro misericordioso de Padre/Madre Dios que Jesús transparenta en toda su vida y nos convirtamos en sanadores de las heridas del odio y la venganza que hay en nuestra sociedad.

En la EG (44) dice el papa Francisco: «El confesionario no debe ser una sala de torturas sino el lugar de la misericordia del Señor...».

La capacidad de perdonar también es un don que hay que suplicar.

¿A quién debo misericordia?, ¿a quién debo perdón?

Ahora habla Dios

Ya no...
Ya no crees tanto en mí, hijo,
por culpa de mis fallos...
ya no crees en mí, hombre,
—por culpa de tus hermanos que
me salieron mal
—a veces pasa—
¿Qué te habré hecho yo
sin darme cuenta, hijo,
que tan mal te sentó que no perdonas?
¿Qué voy a hacer ahora yo tu Dios y Padre,
si ya no crees en mí,
si vas de luto,
tú, que al nacer te puse un traje elástico,
suave y apenas rosa?
¿Y qué voy a hacer yo
—por muy Dios que sea—,
Hombre,
si no me amas?

Gloria Fuertes



**«Danos la gracia de amarte
con todo nuestro corazón
y de servirte con todas
nuestras fuerzas»**